

pobres de espíritu!» (6). Por eso hacen los religiosos el *voto de pobreza*, que se opone a la concupiscencia de los ojos.

«¡Dichosos, exclama un autor (7), los que retirados humildemente en la casa del Señor se complacen en la desnudez de sus pequeñas celdas y en los pocos utensilios que necesitan en esta vida, que no es sino una sombra de la muerte!... ¡Dichosas las vírgenes consagradas, que despreciando el espectáculo del mundo, viven escondidas con Cristo en Dios bajo el velo sagrado que las cubre; qué dulce les resulta la violencia que hacen a sus ojos para que no vean vanidades, diciendo al Señor con David: «Aparta mis ojos, para que no vean la vanidad»! (8). Dichosos, en fin, aquellos que, permaneciendo conforme a su estado en medio del mundo, no se apegan a las cosas mundanas..., sino que dicen con Ester, coronada de diadema en la corte del rey Asuero: «Vos sabéis, Señor, cuánto desprecio este signo de orgullo y todo lo que puede servir para gloria de los impíos; y que vuestra sierva no se ha gloriado jamás sino en Vos solo, oh Dios de Israel»! (9).

3) *La soberbia u orgullo de la vida*.—Según Bossuet (10), la soberbia u orgullo supone una profunda depravación en la inteligencia del hombre, llegando éste a considerarse a sí mismo como su dios, por exceso de amor propio. Olvidando que Dios es su primer *principio* y su último *fin*, se estima a sí mismo excesivamente; considerando sus cualidades, verdaderas o imaginadas, como si fuesen suyas únicamente, *sin relacionarlas con Dios*. De ahí nace su espíritu de *independencia*, que le lleva a prescindir de la autoridad de Dios o de sus representantes; el *egoísmo*, que le inclina a obrar para sí, como si él mismo fuese su fin; la *vana complacencia*, que se alegra y satisface en su propia excelencia y sus buenas obras, como si no fuese Dios el autor de todo lo bueno en nosotros.

A la soberbia y orgullo va aneja la *vanidad*, por la que se busca de un modo desordenado la estima de los demás, su aprobación, sus alaban-

zas. Es lo que se llama *vana gloria*. A esto se junta fácilmente la *fanfarronería*, o sea el hablar mucho de sí mismo y ponderar sus habilidades y éxitos; la *ostentación*, que busca llamar la atención pública por el lujo y el fausto; la *hipocresía*, que afecta un exterior virtuoso sin trabajar por adquirir la verdadera virtud.

Los *efectos* de la soberbia u orgullo son deplorables: es el gran *enemigo de la perfección*; porque: a) quita a Dios la gloria que le es debida, y por lo mismo nos *priva de muchas gracias y méritos*, no queriendo Dios ser cómplice de esa nuestra soberbia y orgullo; b) es también *f fuente de muchos pecados*, pecados de *presunción*, castigados con caídas lamentables y vicios humillantes; de *desaliento*, al verse caído tan bajo; de *disimulación*, porque cuesta confesar esos desórdenes; de *resistencia a los superiores*, de *envidia*, etc.

El *remedio* está: a) en *relacionar y referir todas nuestras cosas a Dios*, reconociendo que es el autor de todo bien y que siendo el *primer principio* de nuestras acciones, debe ser también el *último fin*. Es el remedio que nos sugiere San Pablo, cuando dice: «¿Qué cosa tienes tú que no la hayas recibido de Dios? Y si lo que tienes lo has recibido de El, ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido?» (11). De lo cual deduce que todas nuestras acciones deben tender a la gloria de Dios: «Ora comáis, ora bebáis o hagáis cualquiera otra cosa: hacedlo todo a gloria de Dios» (12). Y, para darles más valor, procuremos hacerlas en el nombre de Jesucristo: «Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de El gracias a Dios Padre» (13).

b) Mas como la naturaleza nos inclina constantemente a buscarnos a nosotros mismos, es preciso, para reaccionar contra esa tendencia, acordarnos que por *nosotros* no somos sino *nada y pecado*. Sin duda puede haber en nosotros buenas cualidades, *naturales* y *sobrenaturales*, que debemos tener en grande estima y cultivarlas con esmero; pero, viniendo todas ellas